

SI VIENE O SE VA

Guillermo Samperio
(Taller de Narrativa del INBAL)

Llegaste con tus cabellos de asfalto. Janis Joplin es ahora un solo ruido. No me interesa que descruces la pierna, que parpadees, y que el humo encubra tus ojos. Eres una mujer, aquella de la desnudez rabiosa, o ésta, que intenta decirme noticias y premoniciones inútiles. Con la repetición de tu vida, con el círculo impregnado a las caderas, con el ya no importa nada de mi parte.

Yo también estoy sentado, antes de que llegaras ya estaba sentado; tú te sentaste donde siempre, en una reconciliación infinita con la costumbre. La raspadura de pared en tu boca seguía en el sitio de tus labios. La música insiste en gritar acordes eléctricos. Calle, tus senos están ligados a la calle, y sin embargo aquí los derramas en mi sala-comedor-recámara, todo. Estoy a una silla de ti, no me dices nada, yo tampoco hablo. Te pienso y te interpreto y te escribo con las palabras desgastadas, humillantes, que se refieren a tu cuerpo. Quisiera decirte filacteria mía, o mujer-brulote, pero es imposible porque las líneas mixtas de tus piernas ya tienen su etiqueta. No importa que enciendas otro cigarro, y luego otro, y luego una cajetilla nueva. Que tengas los ojos enquistados en la mesa donde conviven objetos heterodoxos y quietos. El disco reemprende sus 33 revoluciones.

Llegaste con tus vellos de asfalto. No intentaste decirme: te regalo la anécdota de tu poesía, porque vengo vestida de anuncios de periódico, y de calles circuladas en el ir y venir. Simplemente te quedas callada hasta siempre, en un mutismo explícito, de gritería. Ya sé que el cuarto está oscuro, y que apenas distingues mis ojos cerrados. También sé que me ibas a preguntar por la máquina de escribir, mierda. Y tantas cosas que ya sabía. Lo supiste antes de sentarte en la silla de tu cojín, tan cómoda para tus nalgas. Por eso mis ojos y mi boca están cerrados. Te adiviné desde las escaleras, desde las horas de ayer, desde los días de antier. Vestida de minutos rápidos, con los pasos contados en la banqueta. Y por otras muchas cosas te puedes ir o quedar. Quizá la silla ya no soporta el peso de tu cuerpo, que va de las ingles a los pensamientos; y yo sigo que sigo en un diálogo de mudos. Pero no te has ido, estás esperando a que yo termine de pensar todo. Esperas a que yo te diga, sin que hayas dicho ninguna inmundicia: me dijiste las mismas palabras, frases en letra de imprenta de diarios olvidados, como un *collage* de significaciones tautológicas. Sabes que la réplica deambula en la habitación, que ya no es oportuno que saques el Grand Marnier para beber en mis tazas despor-

tilladas. Tu castillo vale un cacahuete y una chingada. Quizá ya te fuiste, o sigues aplastando tu necesidad en el cojín.

Ahorita ya no piensas nada, sólo dejas que tus ojos sean vecindades con la existencia congelada. Janis Joplin machaca con su voz aguardentosa, de mentada de madre. El disco toca desde la mañana, y no necesito decírtelo, entiendes que el disco suena desde ayer, desde antes que naciera Janis Joplin. No quiero que te desnudes, para chorrear tu piel en el cuarto. Voy a estar sentado, inmóvil ante la catarata de tus senos, piedra frente a tus vellos de chapopote. Ya conozco los baches de tu avenida negra, sería un regresar como un disco tocando horas por el mismo lado. Por eso te quedas vestida y ya no observas la mesa inundada de objetos dispares. Un cenicero superpoblado de colillas. Un bolillo intacto, duro, extinguiéndose en su solidez. Tres o cuatro jeringas de plástico. Miras hacia la ventana, sumiendo los conductos de tu retina en las calles iluminadas en un afán de supervivencia. Una taza con café reseco. Un diccionario ridículo de escolar. También existe la ausencia de otros objetos. Una masa de sonido sale del tocadiscos. Una botella de whisky se rompe, insinuando que comienza la querrela con el mundo. La voz ronca insiste en insultar al señor de lentecitos y de dignísima orina. Es probable que tu caminar te haya llevado a las calles fosforescentes, para ir pensando que tienes que reconstruir, que yo no valgo el suicidio, que me perdonas de todos modos. O desistes en irte esperando que me levante y que abra los ojos, y diga con sorpresa: ¿desde cuándo estás en esa silla con tus nalgas aplastadas?, no te había sentido. Pero no mi amorcito, no, con un carajo, no. Si te vienes o te vas, no me importa. Eras una mujer, únicamente.

Llegaste con ellos del asfalto. Con el círculo impregnado en tus maneras. Con la misma respiración de cuando naciste. El único pensamiento que aparece en tu cabeza: Tus metáforas caminan, arañas, alrededor de mi vestido de titulares escandalosos: *mueren dos, la vida prosigue sin ellos*. Pero intuyes que la muerte es lo de menos, que es lo mismo, que a pesar de todo. Vas caminando en la calle, con destellos ociosos, intentas borrar ese espectáculo. La música te atormenta, ya no vas a poder oír nunca a Janis Joplin. Quisieras levantarte y romper el tocadiscos, y decirme a gritos todo lo que pensaste decirme, lo que yo pensé, pienso, que ibas a decirme. *A decirme*, con tus vecindades bien abiertas, y con la raspadura de pared enseñando los dientes. Pero si no te has ido, ahora es momento de que te largues. Eso vas a pensar, ahora sí me largo. Porque tomo una de las jeringas, y no vas a soportar tanto cinismo, y tanta mala palabra no dicha. Y te vas a ir, pensando me largo. O te puedes quedar, con la renuncia a tu Grand Marnier. Te desnudas en la oscuridad, desgarrándote la piel, para que ya no seas más una catarata, sino otra mujer, cualquier otra. Nunca has estado en este cuarto, tu silla y tu cojín están congelados. Tus nalgas no se aplastaron en ningún lado. Pero has de llegar, para irte de nuevo. O quizá te diga filacteria mía, mujer-brulote. Para recomenzar en una oscuridad distinta.

